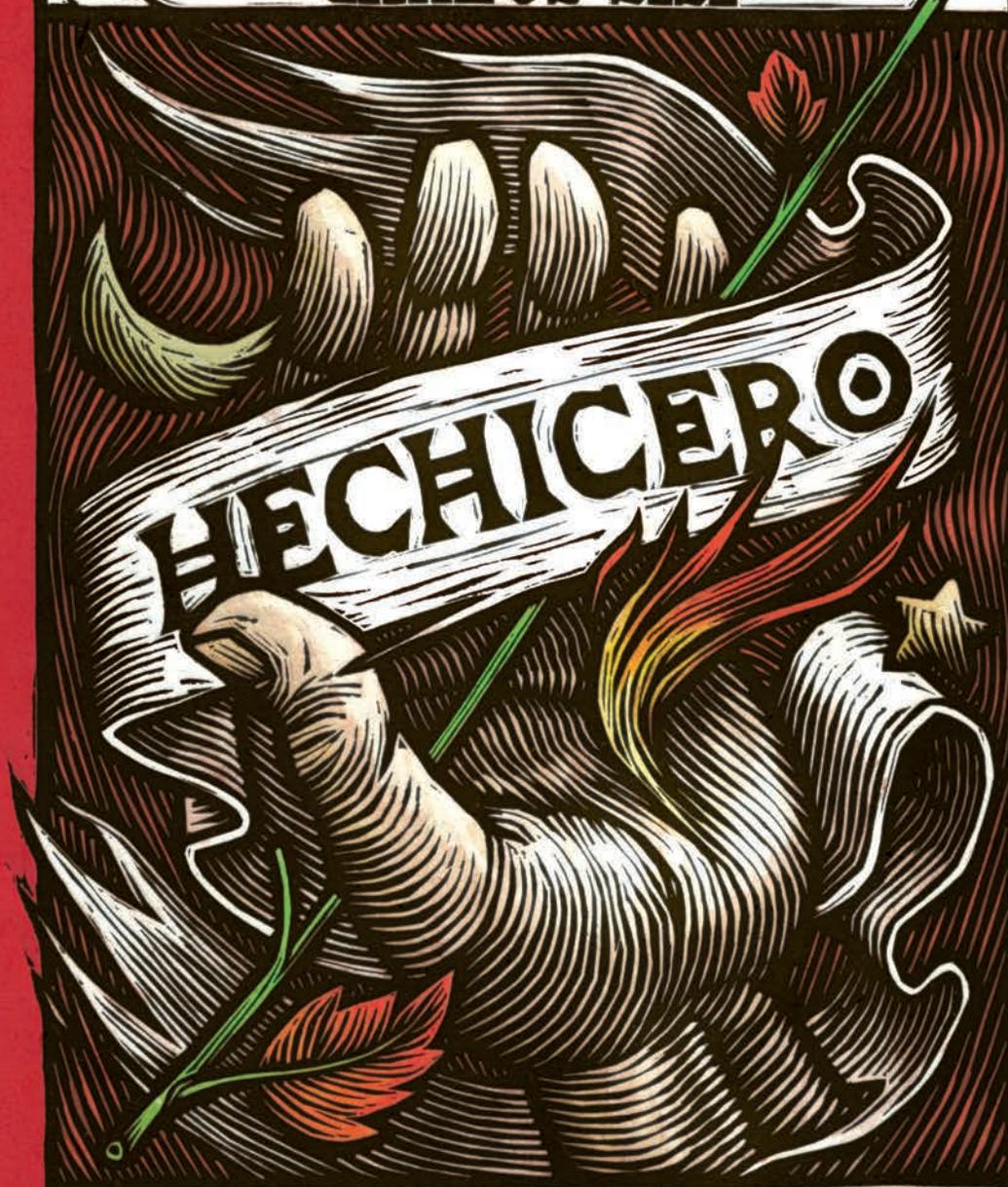


CARLOS SISI



HECHICERO

LA PARABOLA DE ELLÖR



ILUSTRADO POR TOMÁS HIJO

minotauro

CARLOS SISÍ

HECHICERO

minotauro

Hechicero

© Carlos Sisí, 2022

© Del diseño de cubierta e ilustraciones, Tomás Hijo, 2022

© de la tipografía utilizada en los títulos de interior, Iginio Marini, 2018

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2022 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

ISBN: 978-84-450-1221-5

Depósito legal: B. 1.943-2022

Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com

o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible

CAPÍTULO I



De la vida en el Bosque de Cobre y los castaños

Aunque las fronteras del territorio de Peleas cambiaban según a quién preguntaras, lo que resultaba claro es que por el este lindaba con Celorcía sobre todo y, en menor medida, también con Urseos. No se veía a mucha gente de Urseos por allí, por cierto, ni al amanecer ni al alba, pues lo que se encontraba en medio era la enorme montaña de Altaherida, una suerte de diente afilado que emergía del suelo y superaba las nubes.

Las gentes de Urseos todavía miraban con nostalgia y cierta tristeza la imponente presencia de esta montaña, pues antaño se trabajaba en sus laderas y bajo ellas, mucho y muy intensamente, del alba al ocaso, cavando tan profundo como se podía para extraer hierro, pero también óxido de hierro y diversos ocre rojos. Se crearon enormes estructuras de madera para los trabajos y se construyeron túneles y bocaminas, emboquilles, pozos y chimeneas usando árboles que traían de todas partes. Los caminos por aquel entonces eran más anchos y las carretas circulaban por ellos llevando y trayendo mercancías, y en el valle se escuchaba con orgullo el canto de los hombres fornidos que operaban los yunques, la alegría de los martillos y el traqueteo de las ruedas de madera que dejaban marcas más y más profundas en los caminos. ¡Y los mineros! Los mineros iban y venían montados en caballos, día y noche, sus pieles oscuras tiznadas por el

carbón y el polvo de roca de la montaña; el río junto a las formidables construcciones a menudo se teñía de rojo cuando la roca se lavaba y se procesaba en enormes hornos y crisoles para separar el hierro de la escoria. Pero la montaña se agotó, y los que intentaban llegar más abajo aún salían de la tierra con fiebres desconocidas y afecciones en los pulmones que les hicieron desistir. Los mineros, y la prosperidad, se marcharon a otra parte; las instalaciones se abandonaron y fueron desmanteladas poco a poco, con el devenir del tiempo, a medida que los tablones y los pilares de madera se retiraban para ser utilizados como leña.

Peleas, por el contrario, ubicada en el lado opuesto de la montaña, no eligió los subsuelos, sino la superficie. Había en la zona un gran número de castaños que dejaban el suelo teñido de hojas anaranjadas, razón por la cual a la zona se la conocía por allí como el Bosque de Cobre. Se hacía pastel de castaña; carne con castañas; sopa de castaña; castañas hervidas con leche; ensalada de castañas con grana-da, manzana y escarola, y cremas con toda clase de verduras, incluyendo *tatatas*, que no eran muy comunes ni apreciadas por su sabor grosero y áspero, como de tierra. Pero la comunidad de Peleas trabajaba bien la tierra y ésta fue siempre generosa con ella; las gentes de allí prosperaron y tuvieron descendencia que creció sana, despreocupada y también feliz.

Peleas, como la mayoría de poblaciones de aquella amplia zona al oeste del océano, no dependía de un señor ni estaba bajo la autoridad de un conde, un duque, un rey o un caudillo. Las tierras estaban libres para ser reclamadas; el suelo disponible era mucho, muchísimo en verdad, y casi todo el mundo tenía bastante más del que podía atender o cuidar.

No existía, por cierto, una aldea o pueblo en sí; las casas de las gentes estaban apartadas unas de otras, a menudo rodeadas de castaños en todas direcciones, de manera que era difícil distinguir desde cualquiera de los caminos hasta dónde se extendía la comunidad. Pero los habitantes de Peleas compartían esfuerzos comunes, el tipo de cosas que hacía que la vida de todos fuera más llevadera: dos molinos harineros y otro de aceite, para empezar, pero también una barca de pesca y el mantenimiento de un rudimentario muelle donde Vordenian Salas y Forran Rocafuerte se ocupaban de conseguir pescado para todos. Había también una serie de cabañas alineadas junto al río —Cu-

lebra lo llamaban por su trazado sinuoso y retorcido—, que ofrecían diversas oportunidades para el comercio: se vendían utensilios, herramientas y provisiones importadas de otros territorios; telas para la confección de vestimenta; pieles; semillas extravagantes; ceras y brazadas de cuerda, que eran pesadas y engorrosas de fabricar; barriles, y también aperos de labranza. En el centro de ese lugar se levantaba el sitio favorito de todos: la casa de Eldrich Musgoverde.

Musgoverde servía a quien tuviera algo para intercambiar una medida de bebida espirituosa que allí se conocía, probablemente con cierto afán burlón, como «matasanos». Cualquiera en Peleas podría decir que el cieno de una charca tenía un sabor mejor que el matasanos de Musgoverde, pero el brebaje calentaba por dentro y levantaba mucho más los ánimos que un plato de muflón asado con zanahorias cocidas. Si se bebía cuando el pecho dolía, se tenía fiebre o estabas aquejado de dolores misteriosos en general, el matasanos quemaba todos los demonios del cuerpo y te devolvía a la vida. Incluso se rumoreaba que, en cierta ocasión, el matasanos le devolvió la vista a un viajero llamado Zarko que, al parecer, la había perdido la noche anterior por beber el mismo brebaje.

La casa de Musgoverde no era un lugar concurrido; la mayoría de los habitantes de Peleas preferían quedarse en sus propias casas y no socializar demasiado. Quizá por las historias viejas que daban nombre al pueblo, los vecinos habían encontrado salud y tranquilidad en el hecho de no socializar más que lo imprescindible, otra cosa más allá de eso era buscar problemas de manera innecesaria. Pero, por descontado, si andabas buscando a Ganlon Ogoble o a Madagio Bodega, los dos vecinos con más años a cuestas de todo el territorio, la casa de Musgoverde era un buen lugar para empezar.

El propio Musgoverde tenía ya también sus años. La ingesta desahogada de su propio brebaje le había dado un aspecto jovial y lozano, aunque era probable también que este hubiera tenido que ver con el aspecto de pimiento rojo que había adquirido su nariz. Debido quizá a su edad, hacía mucho que Musgoverde no atendía en persona su establecimiento; sentía los huesos cansados y el sueño solía acosarle en mitad de la mañana o de la tarde, y a menudo lo dejaba desatendido cuando caía la noche y se pasaba las horas sentado en una butaca, recordando días pasados. Aquella mañana, sin embargo, gris como era habitual, de cielo encapotado y ligera llovizna, Ganlon y Madagio Bo-

degue aparecieron juntos en la casa de Musgoverde para encontrarse que éste se encontraba al otro lado del enorme tronco cortado, lijado y barnizado con asfalta y resinas del tipo que se empleaba para calafatear las embarcaciones, que hacía las veces de barra.

—¡Buena mañana! —los saludó Musgoverde—. ¿Me traicionan mis ojos o son los viejos Ganlon Ogoble y Madagio Bodegue los que aparecen por el quicio de mi puerta?

—¡Buena mañana, por cierto! —exclamó Ganlon—. ¡La lluvia cae hacia abajo! ¡Algo al menos sigue teniendo sentido por aquí!

—Pues... ¿a qué te refieres diciendo eso, viejo? —preguntó Musgoverde.

—¡A que es raro para la vista verte por aquí, en pie y trabajando, para variar!

Madagio rio entre dientes.

—¡En verdad me preguntaba si no habrías cortado tus últimas hogazas en esta casa tuya y estaría viendo yo ahora un espectro! —exclamó éste.

—¡Ah! —soltó Musgoverde cruzándose de brazos—. ¡Venís a mi casa de buena mañana a insultarme y a reiros de mí! ¿En qué se ha convertido el mundo?

—¡El mundo está bien, viejo! —replicó Ganlon—. ¡Mejor escancia dos medidas de ese matasanos tuyo antes de que el esfuerzo del trabajo te tumbes y des con el cuerpo en el suelo!

—Al que por cierto —intervino Madagio— ¡no le vendrían mal un par de baldes de agua!

—¡Pues bien! —dijo Musgoverde—. ¡En cuanto os he visto he pensado en honrar vuestra visita con dos medidas de la casa a cambio de nada, pero ahora pienso diferente! ¿Qué me traéis?

Ganlon puso un cabo de cuerda sobre el mostrador.

—Antes lloverá hacia arriba que te veamos a ti regalar algo. ¡Aquí tienes una brazada de cuerda de pelo!

—Ya la veo —dijo Musgoverde—. ¡Si hasta conserva las moscas! ¿Acaso la habéis arrastrado quizá por algún sendero embarrado o la habéis usado para limpiaros las posaderas?

—¡Es más fuerte que esta cabaña! —protestó Ganlon—. ¡Puedes colgarte con ella y quedarte colgado hasta que la luna deje de ser verde!

Musgoverde, con el semblante serio, cogió la cuerda y la enrolló alrededor de su codo y de su puño.

—En verdad, Ganlon Ogoble, estás tan seco y enjuto por los años que tus extremidades no dan para una brazada. ¡Mira, se queda bien corta!

—¡Acepta ya lo que te traemos y sirve tu matasanos, Musgoverde! —exclamó Magadio—. O se me quedará la lengua pegada al paladar de la sed que arrastro.

—¡Arrástrate tú hasta el río y bebe, si sed es lo que tienes! —replicó Musgoverde poniendo tres pequeños cuencos de barro cocido sobre el tronco mostrador—. ¡Aquí nunca nos hemos ocupado de la sed, gracias!

Magadio y Ganlon rieron con ganas mientras Musgoverde llenaba los cuencos con su brebaje. Lo elaboraba, por cierto, con fermentos de granos y plantas como el centeno, el trigo, la remolacha o la tatata, según la temporada y, en general, con cualquier cosa que contara con el almidón suficiente.

—¡Bueno pues! —soltó Ganlon—. ¡Una medida entonces a la salud de la sed!

—En mi vida he visto alzar la copa por motivos extraños, pero por la sed, ¡eso aún me quedaba!

—¡Callad y bebed! —soltó Musgoverde—. ¡Antes de que cambie de idea y os haga volver a la lluvia!

Apuraron los cuencos y los volvieron a poner sobre la mesa, golpeando la madera con ellos.

—Que me quiten los años de encima y me den papillas de nuevo —exclamó Ganlon componiendo una expresión de asco—. ¡Tu matasanos sabe peor que nunca!

—¡Qué dices! —exclamó Musgoverde.

—Que me echen sal en los ojos si este cabezota no tiene razón para variar —susurró Magadio—. ¿Qué hierros, qué óxidos y qué gusanos de la madera has añadido a esa mezcla tuya?

—¡Vaya! —soltó Musgoverde—. ¡Con la edad se os está marchitando la gratitud, además de la piel, las tripas y los huesos! ¡Sois un par de viejos desagradables! ¡Más me valdría cerrar esa puerta y dejaros con la sed y el río!

Pero, después de decir eso, volvió a llenar los cuencos.

—Bueno, en verdad dicen que el hombre es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra —exclamó Magadio.

—¿Pues por quién va esta medida? —preguntó Ganlon.

—¡Por los viejos malhumorados! —dijo Musgoverde.

—¡Porque la lluvia siga cayendo hacia abajo! —exclamó Magadio.

—¡Una medida cada vez, canallas! —protestó Ganlon.

Y bebieron, y otra vez golpearon con los cuencos el tronco del árbol.

—Sin duda el peor brebaje que ha pasado por mi gaznate.

—¡Mucho peor que tus primeras remesas!

Musgoverde se llevó una mano a la cabeza.

—Caramba —exclamó, algo incómodo y evasivo—. Tal vez le falten uno o dos ingredientes que solía añadir a la mezcla.

—¡Por toda la sal de todos los mares! —exclamó Ganlon—. ¿Por qué razón no le echas esos ingredientes? ¡Su ausencia se percibe más que un hacha entre los ojos!

—En fin —carraspeó el propietario del establecimiento—. Uno de esos ingredientes es... miel. ¡Hay que ir hasta Bordeada para entrar en tratos con Ingla Esteque!

—¿Qué tienes contra Ingla Esteque? —quiso saber Magadio.

—¡No tengo nada contra Ingla Esteque, vigila lo que dices, viejo! —protestó Musgoverde.

—Entonces ¿qué es lo que dices?

—Que está lejos —explicó Ganlon—. Eso es lo que quiere decir.

—¿Cómo que está lejos? —insistió Magadio.

—A dos días de camino en carreta, ¿no es así?

—Que me aten a un árbol y me dejen a mi suerte en el bosque por diez días y diez noches... —soltó Magadio—. ¿Acaso Ingla Esteque no ha vivido siempre a dos días de camino en carreta?

Ganlon soltó un bufido.

—El brebaje de Musgoverde te está dejando secas las entendederas, viejo. Lo que quiere decir es que está demasiado lejos ahora que le cuesta mover sus ancianos huesos por los caminos.

—Acabáramos —soltó Magadio.

—¡Vaya! —protestó Musgoverde—. ¡Mucho me gustaría a mí veros a vosotros recorrer ese camino de dos días dos veces, con vuestras arrugas y vuestros cuerpos agostados!

Sirvió una tercera copa.

—¡Por los huesos gastados!

—¡Por la vejez inclemente e inmisericorde!

Bebieron de nuevo. Una regla no escrita de la casa de Eldrich Musgoverde era apurar los cuencos de barro cocido de una sola vez y, al parecer, golpear el tronco del mostrador con cierta fuerza.

—Esto te saca los males de dentro —afirmó Ganlon.

—Me siento ya mucho más joven —declaró Magadio.

En ese momento, la puerta del local se abrió con un crujido y el sonido de la lluvia se precipitó en la estancia. En el ceniciento umbral había una figura alta y grande.

—Que me zurzan —susurró Musgoverde.

—Mil millones de raíces y espinas —exclamó Ganlon—. ¿Quién es tan grande que ocupa todo el hueco de la puerta?

—Un oso, se diría —opinó Magadio.

La figura cerró la puerta, entró en la habitación y se acercó a la barra dando apenas tres zancadas. Era un hombre grande y corpulento, alto como una puerta y ancho como un sendero. Llevaba un sombrero bajo de ala grande y una enorme y complicada barba rizada de un tono borgoña; se cubría con un abrigo largo de tonos pardos con un refuerzo en los hombros. Sus pasos sonaron fuertes y retumbantes sobre la madera.

Tanto Ganlon como Madagio lo miraban con los ojos despavoridos. ¿No era aquél... el hombre que habían visto varias veces por los alrededores de la casa de Eldrich Musgoverde en otras ocasiones, hacía ya tiempo? Alguien con ese tamaño era difícil de olvidar; también recordaban haberlo visto por el bosque, pero de aquello hacía ya... décadas. Varias veces varias décadas, además. Tanto más se remontaba Ganlon en su memoria, más joven se percibía a sí mismo.

—Buena mañana, Inco Waren —saludó Musgoverde—. ¡Mucho tiempo hacía que no coincidíamos!

—Buena mañana, Musgoverde —respondió el gigante. Su voz era grave y profunda como el sonido del agua de una cascada cuando choca contra las rocas al cabo de una caída pronunciada—. Buena mañana también a ustedes, señores. Mucho tiempo en verdad, sí.

Ganlon y Madagio seguían mirando con la boca abierta. Como poco, aquel hombre les sacaba un par de cabezas.

—Buena mañana —respondió Madagio.

—¿Le pongo lo de siempre, una para el camino y otra para llevar?

—Una para el camino y otra para llevar —respondió el hombre— con un gesto de cabeza.

Ganlon carraspeó un par de veces.

—Perdone mi atrevimiento, ¿es usted... Inco Waren?

El hombre tardó unos instantes en asentir lentamente con la cabeza.

Ganlon echó la cabeza atrás para poder verle el rostro, pero Inco Waren seguía mirando al frente, impertérrito, con el abrigo mojado chorreando agua de lluvia sobre el suelo de madera.

—Que me sumerjan en los rojos ríos de fuego de las islas del Sur —soltó Ganlon—. ¿Acaso no es usted el mismo Inco Waren que me salvó de los lobos cuando era sólo un muchacho?

El hombre guardó silencio.

—No lo recuerdo —exclamó al fin—. Por favor, Musgoverde, tengo un poco de prisa.

Pero Musgoverde lo miraba también con ojos nuevos y no se movía. Había oído a Ganlon Ogoble, que contaba casi las mismas lunas que él, y acababa de caer en la cuenta de que su casa acababa de levantarse con maderas recién cortadas y lustrosas cuando él empezó a venir a por su brebaje; y, por todas las ardillas y las alimañas del bosque, ¡vaya si Inco no era ya el hombretón imponente que era ahora!

Como no podía verle el rostro por culpa del ala del sombrero y la barba, Ganlon le miró las manos, las dos apoyadas sobre el tronco lijado y barnizado del mostrador. No había allí ni una sola arruga a la vista y, por descontado, no aparecían en su piel marcas de tonos castaños como las que él tenía por todo el cuerpo, lunares y hasta verrugas junto a los callos endurecidos por el trabajo. Las suyas eran las manos de un hombre adulto todavía joven.

—Que me asen y me cuezan —soltó—. ¡Parece tener usted el mismo aspecto ahora que cuando Madagio, aquí presente, era un mozo galante y apuesto!

—Aun cuando era un niño, diría —exclamó éste—. También yo lo digo, que corría saltando de piedra en piedra con toda la vida por delante cuando usted ya daba zancadas con vello en el pecho.

—La de sus recuerdos debe tratarse de otra persona, sin duda —repuso Inco.

—No, no y no, es lo que digo —soltó Ganlon—. Pues hombres de su talla y con dos codos de espalda no se ven muy a menudo, al menos por Peleas, y diría que en todo alrededor hasta Celorcía y Urseos. Y hay otra cosa todavía: ¡su barba y el color de ésta!

—Muchos hombres llevan barbas como ésta —repuso el hombretón.

—No diría tantos —opinó Magadio—. Y no por aquí.

—¡Entremetidos viejos desagradecidos! —intervino Musgoverde de repente—. ¡Tres medidas se han agenciado por una brazada de cuerda de cola de caballo muerto y enterrado, y aún quieren nadar en la vida personal de mis clientes!

—¡Detén ahí tu lengua, Musgoverde! —exclamó Madagio—. ¡Pues sólo estamos hablando, y a estas casas se viene a beber, pero también a conversar de las cosas que fueron, las que son y las que serán!

—Pues no recuerdo yo haber cobrado nada por el brebaje, como no recuerdo haber percibido algo por la conversación, así que, satisfecha una cosa, ¡podéis dar la otra por servida y chitón!

—Haya paz, pues no pasa nada grave, Musgoverde —exclamó el gigante—. Sin duda tus clientes, paguen o no por tu brebaje, recuerdan a otra persona parecida a mí.

—Sin duda, sin duda —asintió Musgoverde pensativo. Pero también había notado la extraordinaria longevidad que parecía tener el tal Inco Waren, a quien veía una vez cada diez o doce lunas, en ocasiones más, y se llevaba la tercera parte de un quintal de brebaje, casi un cellemín, y un cuenco en el cuerpo para el camino.

—Pues para aclarar el asunto, señor Waren —dijo Ganlon entonces—, ¿le importaría descubrirse el rostro para que podamos verlo y descubrir si nos equivocamos, como usted dice?

Musgoverde, que empezaba a ver peligrar el negocio de doce lunas, levantó un dedo en el aire.

—¡Preparo su pedido en un momentito! ¡Enseguida estará listo!

—Pensándolo bien, Musgoverde, no se preocupe usted más. No en este momento. Acabo de recordar que tengo asuntos que atender en otra parte y me temo que son urgentes.

—Oh, señor Waren... —empezó a decir Musgoverde.

—No se apure. Volveré en otra ocasión. Buena mañana, Musgoverde. Buena mañana, señores.

No había acabado aún de decir la frase cuando ya estaba dándose la vuelta y dirigiéndose hacia la puerta. Los tres ancianos miraron cómo salía de nuevo a la lluvia y cómo la puerta se cerraba tras de sí.

—¡Bueno! —exclamó Ganlon—. ¡O los ciervos no balan o ese hombre ha huido de nosotros!

—¡Banda de vejstorios inútiles! —bramó Musgoverde—. ¡Ya me

decía el cuerpo que hoy, precisamente hoy, debía atender el negocio! ¡Eso me he dicho cuando he abierto los ojos y he cogido camino hasta aquí! ¡Pero era para atender a este hombre, que paga con buenas verduras y calabacines y pimientos y ajos morados, y no a vosotros, que no sabéis mantener los hocicos lejos de los culos de otros!

—¡Pues perdón y mil perdones tenga usted, señor Verde Musgo! —dijo Madagio—. ¡Pero este asunto no era para tapanlo como se tapa el nacimiento de un becerro con dos cabezas, para que no hablen las viejas y pongan marcas en tu puerta, sino para ponerlo sobre la mesa y ver qué tipo de ajos morados come el señor Waren para mantenerse tan joven y gallardo durante tanto tiempo!

—¡Es lo que digo! —añadió Ganlon.

—¡Pellejos, parias, buenos para nada! —los acusó Musgoverde—. ¡Es lo que sois! ¡Y es Musgoverde, no Verde Musgo!

—¡Más te valdría preparar tu brebaje con musgo, mejor sabría entonces! —soltó Ganlon.

—¡Pues de ese brebaje que tanto despreciáis venía el señor Waren a llevarse la tercera parte de un quintal, eso venía a llevarse, no como otros!

Volvió a llenar los cuencos y los tres se quedaron callados mirando el líquido transparente en el barro cocido.

—¿Cómo lo hará, este señor Waren? —preguntó Ganlon en voz baja.

—Pues si es un secreto de algún tipo, mucho me gustaría a mí compartirlo —susurró Madagio.

—Sus ajos son estupendos —apuntó Musgoverde.

—Aunque te cortasen un brazo y rellenasen el hueco con ajos, no conseguirías conservarte de ese modo —opinó Ganlon.

—Doce lunas llevamos en el cuerpo por cada una que ha pasado él.

—Veinticuatro, diría yo, ¡o tres veces veinticuatro!

—Doce veces —opinó Musgoverde.

Se quedaron callados, y bebieron al unísono sin que nadie les hubiera hecho seña alguna para hacerlo y se quedaron sumidos en sus pensamientos durante un rato, mientras fuera todavía llovía.

Ellör Litos Ceoril subió a su caballo, un imponente *candolfo* de los territorios del norte, de cola encrespada, grandes patas musculadas y escasa melena. Con sus dos metros y medio de alzada resultaba imponente verle galopar o aun trotar por el Bosque de Cobre. De nombre, Príor.

Ellör tenía los dientes apretados y, aunque habían pasado las décadas, más de una y más de cuatro también, se sentía inquieto otra vez. Había sido descuidado, se había relajado, y era sin duda hora de ser prudente de nuevo.

Quería volver rápido a su pequeño escondite en el mundo, su robusta cabaña de piedra y madera, ubicada lo más al sur y al oeste posible del territorio, casi en la frontera con los páramos yermos y rocosos del Gran Páramo Meridional. Casi nadie vivía allí o se atrevía siquiera a construir casa alguna en aquellas lindes, porque en esas vastas extensiones había hombres abyectos que vivían como animales; de éstos los había muchos y muy extraños, el tipo de animales que no gustaban de la luz del sol y preferían los pasos estrechos entre montañas y las hendiduras profundas del suelo para vivir, y se daban caza y muerte los unos a los otros. Pero Ellör prefería vivir solo y alejado de todos, por eso eligió el Bosque de Cobre, así que escogió suelo y construyó una cabaña discreta y suficiente, con espacio para cultivos, entre los muchos castaños y otros árboles que eran propios de la zona.

Pero nunca la llamó hogar; su hogar, aunque ahora daba techo a otros, quedaba lejos y así debía ser.

Apenas dejó las casas y encauzó el sendero que le llevaría de vuelta a casa, miró en derredor e inclinó el cuerpo para susurrar a su caballo. Príor relinchó con energía y empezó a galopar por el camino, mucho más veloz de lo habitual, haciendo saltar la tierra y las rocas del sendero. Ellör se pegó al lomo, pues los senderos estaban descuidados y las ramas de los árboles habían crecido mucho y cubierto el camino formando un techo que rozaba, más de lo que sería conveniente, las cabezas de los viajeros.

Todo el mundo conocía a Ellör Litos Ceoril en el Bosque de Cobre, y eran pocos los que no habían oído hablar de él en todo el territorio de Peleas. Pero lo llamaban Inco Waren, como había dicho Musgoverde, porque ése fue el nombre que dio cuando fue preguntado, hacía ya muchas, muchas décadas, y empezó a talar árboles para dejar

un claro y arrancar piedras del suelo para levantar la cabaña donde vivía. Pero una cosa es segura, a todos les pareció bien que un hombre tan corpulento y notoriamente fuerte se fuera a vivir tan cerca del linde con el Gran Páramo Meridional, pues su cabaña sería la primera que encontrarían las alimañas si, alentadas por el hambre o la sencilla curiosidad, se adentraran en el bosque; y parecía ser mucho lo que aquel gigante podía hacer con una simple hacheta.

Mucho se habló entonces de su caballo formidable y del ancho de sus espaldas. Algunos decían que le habían visto cargar con piedras que habrían ido mejor en una carreta tirada por al menos dos bestias, y otros aseguraban que lo habían sorprendido arando la tierra dura y rocosa del bosque con las manos desnudas. Muchas de aquellas historias eran desvaríos exagerados por el antiguo arte de propagar historias sencillas usando la viva voz, lo que degeneraba el mensaje; pero otras, algunas al menos, eran ciertas. Los años pasaron para todos, y Ellör no se dejaba ver a menos que fuera de manera inadvertida, por puro azar, cuando cortaba leña o pescaba en el río, cosa que, por cierto, hacía a menudo, y la gente terminó acostumbrándose a verlo de vez en cuando, casi siempre de forma fugaz.

Ellör cultivaba la tierra, sí, y cuando el invierno se recrudecía pasaba los días junto al fuego sumido en una lánguida y afligida soledad, intentando olvidar la historia que le llevó a esas tierras en primer lugar. En días como aquéllos, que ya estaban próximos, por cierto, el brebaje de Musgoverde era una gran ayuda. Lo adormilaba y, si eso no ocurría, los recuerdos afloraban con brío reducido o parecían tener una importancia menor. Entonces hablaban las llamas sobre los troncos cortados, y el resplandor de éstas cantaba canciones sobre los días buenos y hermosos que vivió cuando era aún joven de mente.

Tardó toda la jornada en regresar a la cabaña, aun cuando Príor no había desfallecido un solo instante ni había reducido la velocidad, y el cielo se había oscurecido y el bosque era un manto silencioso en el que la lluvia obraba toda clase de pequeños prodigios por todas partes.

Ellör descendió de un salto y dejó que Príor fuera donde quisiese, como hacía siempre, que era por lo común una pradera cercana ubicada un poco más al este. Nunca Ellör le había procurado alimentos, cuidados o lavados de ningún tipo, de todo eso Príor se valía por sí mismo; tenían un tipo de relación que no era la habitual entre caballos y hombres, más cortés, más de amistad que de posesión. Príor lo lleva-

ba cuando lo requería, que no era lo habitual así pasasen treinta lunas, y Ellör dejaba a cambio zanahorias y manzanas de un sabor dulce en extremo y generosas de carnes como no se conocían en muchos días de camino alrededor, y con eso estaba cerrado el pacto.

Después de eso, Ellör miró la casa con el ánimo apagado como una brasa de carbón bajo la llovizna. Seguía sin sentirla como un hogar, pues su corazón pertenecía a otro lugar, pero había vivido en ella la vida toda de un hombre común y había ido trabajando en sus prestaciones y su comodidad, añadiendo y también quitando; en las columnas de madera del interior había tallado mil filigranas: cabezas de zorro y de búhos, patos alzando el vuelo, pero también serpientes enroscadas y todo tipo de hojas y plantas como enredaderas que trepasen por los troncos dispuestos en vertical para sustentar el techo a dos aguas, y en la chimenea de piedra había forjado una puerta de hierro con muchos detalles que se cerraba girando sobre unos goznes robustos para que ningún tronco rodase, en llamas, fuera de su confinamiento. Eran fruslerías, pero fruslerías que hacían la estancia más placentera, y la cabaña de Ellör, al menos el interior, era con mucho la más bonita de cuantas podían encontrarse. Hasta tenía su propio banco de trabajo con muchas herramientas elaboradas con sus propias manos; cosas como martillos, cinceles para decorar y tallar la piedra y paletas para esparcir la argamasa, una horquilla, varias hoces, cepillos y otras cosas que nadie en Peleas había visto antes, como un taladro para trabajar la madera.

Pero se preguntaba aquella noche si no sería quizá tiempo de irse a otra parte, lejos, más lejos aún, a otro lugar, quizá más allá del Gran Páramo Meridional que dividía todos los territorios en dos zonas separadas, antes de que los vecinos del Bosque de Cobre empezaran a hacerse demasiadas preguntas sobre por qué Inco Waren no envejecía lo más mínimo.

Y descubrió que ese pensamiento... abandonar su refugio, el lugar que le costaba esfuerzos llamar hogar, le entristecía mucho más de lo que creía.

3

No llegaban muchas noticias a Peleas, y tampoco es que a nadie le importara demasiado lo que ocurría en otras partes del mundo. Las

noticias que se propagaban más lejos y más rápido solían ser desagradables, del tipo de noticias que se quedaban pegadas al fondo de la mente, quitaban el hambre y retrasaban el sueño, cosas sobre guerras, pueblos en llamas y gente que moría. Casi nadie propagaba el hecho de que un granjero en alguna parte había cosechado una calabaza grande y casi tan pesada como una vaca; o que un hombre enjuto con ojos avispados, después de cruzar muchos brazos de mar, había encontrado una isla que no se conocía antes y la había llamado Endama, como su madre, porque era menuda como ella y casi tan hermosa. Así que las noticias no se recibían con buenos oídos. Cuando se tenían, sin embargo, daban que hablar, lo que era, desde luego, algo.

Tanto Ganlon Ogoble como Madagio Bodegue, sin embargo, no tenían gran cosa que hacer durante el día, y se dedicaron a hablar con unos y con otros sobre el misterio de la longevidad de Inco Waren, el hombre grande que montaba un caballo no menos corpulento y que araba la tierra con las manos desnudas. Casi todo el mundo encontró esos días una excusa para intercambiar provisiones en las tiendas o conseguir un poco de matasanos de Musgoverde.

—Joven como la yema de una planta que aún debe dar lugar a una flor —decían unos—, cuando aquí muchos son raíces secas que ni siquiera tocan el suelo.

—Él ya era así cuando Visto Zaguán nació... ¡y murió hace ya seis lunas, aquejado de lumbago! —exclamaban otros.

—¡Alguien debería hacer una marca en su puerta, es lo que digo! ¡Mejor curarse en salud! —soltó Venorcía Lablanca mientras bebía su matasanos de un trago, a la manera de Peleas.

—¡Pues ve tú hasta allí y haz la marca tú misma! —dijo alguien.

—¡Y lo haría! —protestó Venorcía—. Pero tengo tres cerdos y doce gallinas a mi cuidado, ¡y un gallo tuerto por añadidura!

—¡Pues por añadidura que haremos un buen guiso de gallina en tu honor si las alimañas del Páramo dan con tus carnes y se sirven de ellas! —exclamó alguien.

—¡Y yo haré de vientre en tus coles si vuelves a dejar abierta esa bocaza tuya, eso digo!

Pero tanta conversación y tanta conjetura no sirvieron sólo para dar vida al ambiente social de Peleas con animadas conversaciones que llegaron a involucrar hasta seis personas a la vez, algo inaudito en la zona desde los tiempos de Nover Crasos, el gordo, pues gustaba de

organizar peleas de perros y gatos hasta que no quedó ninguno en la zona; también llegaron a oídos de una joven que apenas empezaba a ser mujer y que se llamaba Ella por nacimiento y Helga por decisión propia, de mirada inteligente y que gustaba de ir sola a todas partes. Se conocía el bosque como la palma de su mano y cada día se aventuraba un poco más lejos al norte y también al oeste, la única mujer u hombre, para el caso, que se había adentrado en el Páramo sin el conocimiento de nadie, que se había enfrentado a una de las alimañas y que la había vencido usando su agilidad, su velocidad y su arco.

Helga amaba la vida más que nadie en todo el mundo conocido. Le gustaban las rocas con sus muchas formas, aristas y tamaños, y el musgo que en ellas crecía y que levantaba aromas a humedad y a plantas saludables. Le gustaba la frondosa ebullición de los arbustos, en especial las matas de arándanos, los helechos y las raíces que se hundían hambrientas en la tierra. Le gustaba sentir la lluvia en la cara y, cuando podía, también el cuerpo; y le gustaba comer de lo que el bosque le ofreciera, sobre todo las bayas como las endrinas y los escaramujos, y las setas que proliferaban por doquier, en especial los rebozuelos, que tenían un sabor dulce y afrutado y que crecían al abrigo de las coníferas, los alcornoques y los robles. Otras cosas, como los delicados madroños y los piñones, los conseguía a cierta distancia del Bosque de Cobre.

Helga vivía aquí y allí, y rincones favoritos para dormir tenía varios, según la época del año o incluso la luna, pero guardaba sus escasos enseres en una gruta en la falda de la montaña de Altaherida, que era estrecha en la entrada y se abría para formar una oquedad cavernosa de suelo blando y seco, con una chimenea natural por donde el humo salía después de dar varias vueltas por diversos recodos suaves que mantenían alejada la lluvia. Allí se sentía segura y pasaba el tiempo cuando se sentía baja de ánimos o tenía que lamer alguna herida, cosa que no era del todo poco habitual.

Otra cosa que Helga amaba con todo el corazón era la majestuosa inalterabilidad de la naturaleza que hacía palidecer la altanería de cualquier rey. Un árbol podía mudar sus hojas y volverse raquítico en otoño e invierno, y frondoso y exuberante en primavera o verano, pero seguía siendo un árbol. Podía permanecer inmóvil durante más de mil lunas, latiendo sin ser percibido, impasible al trasiego de las estrellas en el cielo o el jugueteón tránsito de la luna por la cúpula celeste, o

podía estremecerse, sacudirse y combarse en un día ventoso de invierno. Pero seguiría siendo un árbol, y lo sería por mucho más tiempo que la vida de cualquier hombre.

A menudo Helga, a pesar de su corta edad —o precisamente por ello— sentía cierta envidia de la capacidad de las montañas para, simplemente, permanecer. Para una montaña, la vida de los hombres era un hecho anecdótico, trivial, algo pasajero, como el paso de una hormiga por la rama de un roble. Una montaña estaba ahí desde el principio de los tiempos y seguiría ahí en el ocaso del mundo, al final del tiempo y de todos los instantes y momentos que les estaban reservados a los hombres. Quizá por eso, cuando oyó decir que todos los vecinos del Bosque de Cobre hablaban de alguien por cuyo cuerpo no pasaban los años ni las mellas de éstos en la carne débil y efímera, abrió los ojos y adelantó los oídos para escuchar tanto como pudiera; y con esa información se lanzó al sendero, con su arco tallado de olmo y culatín de roble reforzado por la llama a la espalda, y una brillante determinación en sus ojos.

Y con ese pequeño gesto, el poner un pie delante del otro y de nuevo el pie retrasado otra vez a la cabeza, se inició un proceso único, largamente demorado, que marcaría el comienzo de una nueva época para la vida del hombre.